

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

- Iren.** Pues mucho será que Don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina! ¡y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero, tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.
- Franc.** Sí, señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.
- Iren.** Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua; pajaritas del aire, que apetiesieras, las tendrias: porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que, siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!...
- Franc.** Mamá, no se enfade usted.
- Iren.** ¡No es buen empeño de...! ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!
- Franc.** Pero... Pues ¿qué sabe usted?
- Iren.** ¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetración, para que tú me engañes.
- Franc.** (Aparte.) ¡Perdida soy!
- Iren.** Sin contar con su madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña éste! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni que entendiéndola de eso, ni que... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirle, acompañarle y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo usted, si no lo sabe.
- Franc.** Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.
- Iren.** Sí, que no sé yo...
- Franc.** No, señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.
- Iren.** Mira si es cierto lo que dices.
- Franc.** Sí, señora, que yo no sé mentir.
- Iren.** Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás, si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.
- Franc.** (Aparte.) ¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO (sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston), DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

- Iren.** ¿Pues, cómo tan tarde?
- Dieg.** Apenas sali, tropecé con el padre guardián de San Diego y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... (Siéntase junto á Doña Irene.) Y á todo esto ¿cómo va?
- Iren.** Muy bien.
- Dieg.** ¿Y Doña Paquita?
- Iren.** Doña Paquita, siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.
- Dieg.** ¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...?
- Iren.** ¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así, tan...
- Dieg.** No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavia imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (Asiéndole de una mano á Doña Francisca la hace sentar inmediata á él.) Pero, de veras, Doña Paquita, ¿se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.
- Iren.** Pero, si ella no...
- Dieg.** Déjela usted, señora, que ella responderá.
- Franc.** Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé qué sentir.
- Dieg.** Pero eso lo dice usted tan afligida y...
- Iren.** Si es natural, señor. ¿No ve usted que...?
- Dieg.** Calle usted por Dios, Doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural... Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lúcidos.
- Franc.** No, señor, lo que dice su merced eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.
- Dieg.** ¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan: eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada muger halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria?... ¡Eh! no, señor, eso no va bien... Mire usted, Doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad, son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme, con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en una decente libertad... Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero, ¿cuál seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida

- en favor de otro amante mas apetezible que yo? ¡Y en Madrid! ¡figúrese usted, ¡en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba...
- Iren.** ¿Y puede usted creer, señor Don Diego, que...?
- Dieg.** Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si, á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo lo pido á usted, Paquita: sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.
- Iren.** ¿Puedo hablar ya, señor?
- Dieg.** Ella, ella debe hablar; y sin apuntador, y sin intérprete.
- Iren.** Cuando yo se lo mande.
- Dieg.** Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.
- Iren.** Yo creo, señor Don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡En qué concepto nos tiene usted!... Bien dice su padrino y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.
- Dieg.** Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?
- Iren.** Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió, sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empujillo infeliz en el ramo del viento que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.
- Dieg.** Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.
- Iren.** ¿Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos términos, que...? ¡Ella otros amores, ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... La mataba á golpes, mire usted... Respóndele una vez, que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid, cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento, al lado de aquella santa muger. Diselo para que se tranquilice y...
- Dieg.** Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.
- Iren.** Respóndele.
- Franc.** Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.
- Dieg.** No, hija mia. Esto es dar alguna espresion á lo que se dice; ¡pero enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo,
- Iren.** Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...
- Dieg.** No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero que Doña Paquita esté contenta.
- Iren.** ¿Pues no ha de estarlo? Responde.
- Franc.** Sí, señor, que lo estoy.
- Dieg.** Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.
- Iren.** No, señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.
- Dieg.** En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.
- Franc.** Gracias, señor Don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...
- Dieg.** Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavia de mayor fortuna.
- Iren.** Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.
- Franc.** Mamá. (Levántase Doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.)
- Iren.** ¿Ves lo que te quiero?
- Franc.** Sí, señora.
- Iren.** ¿Y cuanto procuro tu bien, que no tengo otro pio, si no el de verte colocada, ántes que yo falte?
- Franc.** Bien lo conozco.
- Iren.** ¡Hija de mi vida!... ¿Has de ser buena?
- Franc.** Sí, señora.
- Iren.** ¡Ay! ¡qué no sabes tú lo que te quiere tu madre!
- Franc.** ¿Pues qué, no la quiero yo á usted?
- Dieg.** Vamos, vamos de aquí. (Levántase Don Diego y despues Doña Irene.) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.
- Iren.** Sí, dice usted bien. (Vanse los dos al cuarto de Doña Irene. Doña Francisca va detras, y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

- Rita.** ¡Señorita!... ¡Eh! chit... ¡Señorita!
- Franc.** ¿Qué quieres?
- Rita.** Ya ha venido.
- Franc.** ¿Cómo?
- Rita.** Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.
- Franc.** ¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?
- Rita.** ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio... Y mire usted que en el parage en que estamos la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.
- Franc.** Si... Él es.
- Rita.** Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion. (Rita se va al cuarto de Doña Irene.)
- Franc.** No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

ESCENA VII.

DON CARLOS (*entra por la puerta del foro*),
DOÑA FRANCISCA.

Cárl. Paquita... ¡Vida mía! Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

Franc. Bien venido.

Cárl. ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

Franc. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

Cárl. ¿En dónde?

Franc. Ahí, en ese cuarto. (*Señalando al cuarto de Doña Irene.*)

Cárl. ¿Sola?

Franc. No, señor.

Cárl. Estará en compañía del prometido esposo. (*Se acerca al cuarto de Doña Irene, se detiene, y vuelve.*) Mejor... Pero, ¿no hay nadie mas con ella?

Franc. Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

Cárl. Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero, tiempo hay... Él también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

Franc. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

Cárl. No importa.

Franc. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

Cárl. ¿Cuál?... No. Eso no.

Franc. Los dos están de acuerdo, y dicen...

Cárl. Bien... Dirán... Pero, no puede ser.

Franc. Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte; me ofrece tantas cosas, me...

Cárl. Y usted, ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

Franc. ¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que...? ¡Ingrato!

Cárl. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Franc. Y el último.

Cárl. Y antes perderé la vida que renunciar el lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien? (*Asiéndola de las manos.*)

Franc. ¿Pues de quién ha de ser?

Cárl. ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación, mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien, mas que tío, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades á nuestra union.

Franc. ¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

Cárl. Ya lo sé. La ambición no puede agitar á un alma tan inocente.

Franc. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

Cárl. Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

Franc. ¿Y qué se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirle que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirle... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

Cárl. Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

Franc. ¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (*Se enternece y llora.*)

Cárl. ¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

Franc. ¿Es posible?

Cárl. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

Cárl. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Franc. Ni yo.

Cárl. Hasta mañana... Con la luz del día veremos á este dichoso competidor.

Rita. Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquin. (*Se va por la puerta del foro.*)

Franc. Hasta mañana.

Cárl. A Dios, Paquita.

Franc. Acuéstese usted, y descanse.

Cárl. ¿Descansar con zelos?

Franc. ¿De quién?

Cárl. Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Franc. ¿Dormir con amor?

Cárl. A Dios, vida mía.

Franc. A Dios. (*Éntrese al cuarto de Doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA.

Cárl. ¡Quitármela! (*Paseándose con inquietud.*) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su

madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnándolo su hija... Mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

Cal. (*Sale por la puerta del foro.*) Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos, ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

Cárl. Vamos... ¿Y á donde ha de ser?

Cal. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

Rita. (*Sale por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*) ¿Quién quiere sopas?

Cárl. Buen provecho.

Cal. Si hay alguna real moza que guste cenar cabrito, levante el dedo.

Rita. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar. (*Éntrese en el cuarto de Doña Irene.*)

Cal. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

Cárl. ¿Con que vamos?

Cal. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á Don Carlos, y hablan aparte hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit! digo...

Cárl. ¿Qué?

Cal. ¿No ve usted lo que viene por allí?

Cárl. ¿Es Simon?

Cal. El mismo... Pero ¿quién diablos le...?

Cárl. ¿Y qué harémos?

Cal. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da usted licencia para que...?

Cárl. Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DON CARLOS,
CALAMOCHA.

Cal. Simon, ¿tú por aquí?

Sim. A Dios, Calamocha. ¿Cómo va?

Cal. Lindamente.

Sim. ¿Cuánto me alegro de...!

Cárl. ¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es ésta?

Sim. ¡Oh! que estaba usted ahí, señorito... ¡Voto á sanes!

Cárl. ¿Y mi tío?

Sim. Tan bueno.

Cárl. ¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...?

Sim. ¿Quién me había de decir á mí...? ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tío, eh?

Cal. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

Sim. ¡Y qué calor traje y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

Cal. ¿Alguna cobranza, tal vez? Eh?

Cárl. Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

Sim. ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco,

no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

Cárl. Pues... Figúrate tú.

Sim. ¿O va usted allá?

Cárl. ¿Adónde?

Sim. A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

Cal. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Sim. ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

Cal. (*Aparte, separándose de Simon.*) ¡Maldito seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

Cárl. Pero aun no me has dicho si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

Sim. Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

Dieg. (*Desde adentro.*) No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (*Don Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*)

Cárl. ¡Mi tío!...

Dieg. Simon. (*Sale Don Diego del cuarto de Doña Irene encaminándose al suyo: repara en Don Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbrá, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

Sim. Aquí estoy, señor.

Cárl. ¡Todo se ha perdido!

Dieg. Vamos... Pero... ¿Quién es?

Sim. Un amigo de usted, señor.

Cárl. ¡Yo estoy muerto!

Dieg. ¿Cómo, un amigo?... ¿Qué?... Acerca esa luz.

Cárl. ¡Tío! (*En ademán de besar la mano á Don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

Dieg. Quitate de ahí.

Cárl. Señor.

Dieg. Quitate... No sé como no le... ¿Qué haces aquí?

Cárl. Si usted se altera y...

Dieg. ¿Qué haces aquí?

Cárl. Mi desgracia me ha traído.

Dieg. ¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á Don Carlos.*) ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

Cal. Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

Dieg. A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho, que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

Cárl. No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

Dieg. ¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes?... Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mio, sácame de este afán.

Cal. Si todo ello no es mas que...

Dieg. Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á Don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

Cárl. Una ligereza, una falta de sumisión á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero...

Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado el verme.

Dieg. ¿Y qué otra cosa hay?

Cárl. Nada mas, señor.

Dieg. ¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

Cárl. Ninguna. La de hallarle á usted en este parage... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

Dieg. ¿No hay mas?

Cárl. No, señor.

Dieg. Miralo bien.

Cárl. No, señor... A eso venia. No hay nada mas.

Dieg. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

Cárl. Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

Dieg. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

Cárl. Bien está; pero ya he dicho los motivos...

Dieg. Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (alza la voz, y se pasea inquieto) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

Cárl. Señor, si...

Dieg. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Cal. Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

Dieg. Pues con ellos (á Calamocha) y con las maletas, al meson de afuera... Usted (á Don Carlos) no ha de dormir aquí... Vamos (á Calamocha), tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... (A Simon.) ¿Qué dinero tienes ahí?...

Sim. Tendré unas cuatro ó seis onzas. (Saca de un bolsillo unas monedas, y se las da á Don Diego.)

Dieg. Dámelas acá... Vamos, ¿qué haces?... (A Calamocha.) ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (á Simon), vé con él, ayúdale, y no te me apartes de allí, hasta que se hayan ido. (Los dos criados entran en el cuarto de Don Carlos.)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

Dieg. Tome usted. (Le da el dinero.) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo

lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso; ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

Cárl. Ya lo sé.

Dieg. Pues, bien; ahora obedece lo que te mando.

Cárl. Lo haré sin falta.

Dieg. Al meson de afuera. (A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de Don Carlos, y se van por la puerta del foro.) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan...

Cárl. Y no me vuelvas aquí, por ningun pretexto, ni entres en la ciudad... Cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro, marchar. Mira que yo he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

Cárl. Si, señor.

Dieg. Mira que lo has de hacer.

Cárl. Sí, señor, haré lo que usted manda.

Dieg. Muy bien. A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

Cárl. ¿Pues qué hice yo?

Dieg. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

Cárl. Quede usted con Dios. (Hace que se va y vuelve.)

Dieg. ¿Sin besar la mano á su tío, eh?

Cárl. No me atreví. (Besa la mano á Don Diego y se abrazan.)

Dieg. Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

Cárl. ¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

Dieg. ¿Quién sabe, hijo mío! ¿Tienes algunas dudas? ¿Te falta algo?

Cárl. No, señor, ahora no.

Dieg. Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones, de orden mia. Y mira como lo gastas... ¿Juegas?

Cárl. No, señor, en mi vida.

Dieg. Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

Cárl. No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

Dieg. No se hable ya de lo pasado... A Dios.

Cárl. ¿Queda usted enojado conmigo?

Dieg. No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me des que sentir. (Poniéndole ambas manos sobre los hombros.) Portarse como hombre de bien.

Cárl. No lo dude usted.

Dieg. Como oficial de honor.

Cárl. Así lo prometo.

Dieg. A Dios, Carlos. (Abrazanse.)

Cárl. ¡Y la dejo!... (Aparte, al irse por la puerta del foro) ¡y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego sabrá, en hora buena... Pero no es lo mismo escribirselo, que... Despues de hecho no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!...

Como una malva es. (Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA Y RITA SALEN DEL CUARTO DE DOÑA IRENE. RITA SACARA UNA LUZ, Y LA PONE ENCIMA DE LA MESA.

Rita. Mucho silencio hay por aquí.

Franc. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

Rita. Precisamente.

Franc. ¡Un camino tan largo!

Rita. ¡A lo que obliga el amor, señorita!

Franc. Si, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

Rita. Y, deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... El pobre Don Diego, ¿qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

Franc. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero, ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

Rita. ¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él. (Encaminándose al cuarto de Doña Irene.)

Franc. ¿A qué vas?

Rita. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Franc. Sí, tráele: no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y vé con cuidado, no despierte mamá.

Rita. Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina, que...

Franc. Te puedes llevar la luz.

Rita. No es menester, que ya sé donde está. (Vase al cuarto de Doña Irene.)

ESCENA XV.

SIMON (Sale por la puerta del foro), DOÑA FRANCISCA.

Franc. Yo pensé que estaban ustedes acostados.

Sim. El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Franc. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

Sim. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Franc. ¿Los arrieros?

Sim. No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Franc. ¿Quiénes dice usted que son?

Sim. Un oficial de caballería y su asistente.

Franc. ¿Y estaban aquí?

Sim. Sí, señora, ahí en ese cuarto.

Franc. No los he visto.

Sim. Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita. (Vase al cuarto de Don Diego.)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Franc. ¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme!... ¡Desdichada! (Siéntase en una silla inmediata á la mesa.)

Rita. Señorita, yo vengo muerta. (Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa, abre la puerta del cuarto de Don Carlos y vuelve.)

Franc. ¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

Rita. Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Franc. ¿Y eran ellos?

Rita. Sí, señora. Los dos.

Franc. Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

Rita. Si no los he perdido de vista, hasta que salieron por la puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Franc. ¿Y es ese el camino de Aragon?

Rita. Ese es.

Franc. ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

Rita. Señorita...

Franc. ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rita. Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprendible... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Franc. Pues ¿no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

Rita. No sé qué decir, al considerar una accion tan infame.

Franc. ¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto?... ¡Para engañarme, para abandonarme así! (Levántase, y Rita la sostiene.)

Rita. Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... ¿Porqué ha de tener zelos? Y aun eso mismo debería enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Franc. Te cansas en vano... Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rita. Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

Franc. Si, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero, ¿ves qué malvado?

Rita. Sí, señora, ya lo conozco.

Franc. ¿Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es? (Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de Doña Francisca.)

ACTO TERCERO.

Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale Don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

- Dieg. Aquí, á lo ménos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella nose... ¡Como ronca éste! Guardémosle el sueño, hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (Simon despierta, y al oír á Don Diego se incorpora y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.
- Sim. ¿Qué estaba usted ahí, señor?
- Dieg. Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.
- Sim. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.
- Dieg. ¡Mala comparacion!... Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.
- Sim. En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?
- Dieg. Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.
- Sim. ¡Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.
- Dieg. Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.
- Sim. Pero, si usted viera qué apesadumbrado le dejé, ¡qué triste!
- Dieg. Ha sido preciso.
- Sim. Ya lo conozco.
- Dieg. ¿No ves qué venida tan intempestiva?
- Sim. Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que, por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?
- Dieg. ¡No, qué! no, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedé un ansia en el corazón... (Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.) ¿Qué ha sonado?
- Sim. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.
- Dieg. Calla.
- Sim. Vaya, música tenemos, segun parece.
- Dieg. Sí, como lo hagan bien.
- Sim. ¿Y quién será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas, en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.
- Dieg. Puede ser.
- Sim. Ya empiezan, oigamos... (Tocan una sonata desde adentro.) Pues dígame á usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.
- Dieg. No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.
- Sim. ¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...?

- Dieg. No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie. (Sale de su cuarto Doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.)
- Sim. ¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí á un ladito.
- Dieg. ¿Qué quieres?
- Sim. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.
- Dieg. ¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

- Rita. Con tiento, señorita.
- Franc. ¿Siguiendo la pared, no voy bien? (Vuelven á probar el instrumento.)
- Rita. Sí, señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.
- Franc. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.
- Rita. ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.
- Franc. Calla... (Repiten desde adentro la sonata anterior.) Si, él es... ¡Dios mio!... (Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.) Vé, responde... Albricias, corazón. Él es.
- Sim. ¿Ha oído usted?
- Dieg. Sí.
- Sim. ¿Qué querrá decir esto?
- Dieg. Calla.
- Franc. (Se asoma á la ventana, Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones, mas ó ménos largas, que deben hacerse.) Yo soy... ¿Y qué había de pensar, viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... (Apartándose de la ventana, y vuelve despues.) Rita, amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyes algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabé de entender... ¡Ay! Don Félix, nunca le he visto á usted tan tímido... (Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo, hasta que llegue el día, los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... ¿Y cómo le parece á usted que estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga usted. (Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)
- Rita. Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.
- Franc. ¡Infeliz de mí!... Guíame...
- Rita. Vamos... (Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de Doña Francisca.) ¡Ay!
- Franc. ¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

- Dieg. ¿Qué grito fué ese?
- Sim. Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

- Dieg. Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!
- Sim. (Tentando por el suelo, cerca de la ventana.) No encuentro nada, señor.
- Dieg. Búscales bien, que por ahí ha de estar.
- Sim. ¿Le tiraron desde la calle?
- Dieg. Sí... ¿Qué amante es éste?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.
- Sim. (Halla la carta y se la da á Don Diego.) Aquí está.
- Dieg. Vete abajo y enciende una luz... En la caba-lleriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. (Vase Simon por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (Apoyándose en el respaldo de una silla.) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién... sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¿Qué esperanzas tan halagüeñas concebí!... ¿Qué felicidades me prometia!... ¡Zelos!... ¿Yo?... ¡En qué edad tengo zelos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de Doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.) Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

- Rita. Ya se han ido... (Rita observa y escucha, asómase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor Don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi ama!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido! Y este maldito papel... Pues buena la hicéramos, si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras y todo mentira.
- Sim. (Sale con luz. Rita se sorprende.) Ya tenemos luz.
- Rita. ¡Perdida soy!
- Dieg. (Acercándose.) ¡Rita! ¿Pues tú aquí?
- Rita. Sí, señor, porque...
- Dieg. ¿Qué buscas á estas horas?
- Rita. Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oímos un ruido tan grande...
- Sim. ¿Sí, eh?
- Rita. Cierto... Un ruido y... Y mire usted, (alza la jaula que está en el suelo) era la jaula del tordo... Pues, la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido... Preciso.
- Sim. Sí, algun gato.
- Rita. ¡Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavía.
- Sim. Y con mucha razon... No te parece, si le hubiera pillado el gato...
- Rita. Se le hubiera comido. (Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)
- Sim. Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

- Dieg. Tráeme esa luz.
- Rita. ¡Ah! Deje usted, encenderémos ésta (enciende la vela que está sobre la mesa), que ya lo que no se ha dormido...
- Dieg. ¿Y Doña Paquita duerme?
- Rita. Sí, señor.
- Sim. Pues mucho es que con el ruido del tordo...
- Dieg. Vamos. (Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

- Franc. ¿Ha parecido el papel?
- Rita. No, señora.
- Franc. ¿Y estaban aquí los dos, cuando tú saliste?
- Rita. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles. (Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.)
- Franc. Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?
- Rita. Yo no le encuentro, señorita.
- Franc. Le tendrán ellos: no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.
- Rita. A lo ménos por aquí...
- Franc. ¡Yo estoy loca! (Siéntase.)
- Rita. Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...
- Franc. Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos... ¿Pero sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel, que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre alevé, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... ¡Hay tangas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!
- Rita. ¡Ay señorita! (mirando hacia el cuarto de Don Diego) que parece que salen ya.
- Franc. No importa, déjame.
- Rita. Pero si Don Diego la ve á usted de esa manera.
- Franc. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

- Sim. Voy enterado: no es menester mas.
- Dieg. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Los dos aquí, eh?... Con que, vete, no se pierda tiempo. (Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de Don Diego, se va Simon por la del foro.)
- Sim. Voy allá.
- Dieg. Mucho se madruga, Doña Paquita.